

Carolina Naya Franco*

Departamentos de Ciencias de la Tierra e Historia del Arte
Universidad de Zaragoza

naya@unizar.es

/ La joyería en la antigua Roma: camafeos, entalles y piedras preciosas guarnecidas en oro. Las perlas en las artes suntuarias y el comercio y lujo en el mundo romano

Resumen:

El conocimiento de las creaciones suntuarias romanas resulta fundamental para comprender la relevancia de estas artes en la época imperial, y su profunda huella en la moda y joyería de toda Europa hasta finales del Renacimiento. A pesar de que técnicamente los orfebres romanos no superaron a los etruscos y que su principal fuente de inspiración fueron las creaciones helenísticas, la asimilación y reinterpretación del fasto y lujo romanos siguen desafiando a los más selectos orfebres y joyeros de la actualidad.

Palabras clave:

esmeraldas, glíptica, imperio romano, oro, perlas

Abstract:

Knowledge of the sumptuary roman creations is essential to understand the relevance of these arts in the imperial era and its deep trace on fashion and jewelry from all over Europe until the late Renaissance. Although not technically roman goldsmiths outscored the etruscans, and because of their main source of inspiration was the hellenistic creations, the assimilation and reinterpretation of the luxury roman pomp and pageantry, continue to challenge the finest goldsmiths and jewelers today.

Key Words:

emeralds, glyptic, roman empire, gold, pearls

Introducción

Escribir sobre el lujo y la joyería de Roma de la Antigüedad resulta a día de hoy un delicioso encargo, puesto que desde finales del siglo XIX una serie de felices hallazgos arqueológicos han incrementado el conjunto de joyas romanas hasta ahora conocidas con nuevos e interesantísimos ejemplares, hoy museografiados por toda Europa y Estados Unidos. En las próximas páginas vamos a adentrarnos en algunas de las manifestaciones producidas durante la hegemonía mundial de Roma, desde el final de la época de los Reyes hasta el ocaso del imperio romano de Occidente (II a.C.-476 d.C.); concretamente nos centraremos en el periodo en el que se producen más fastuosas y ostentosas joyas, durante los siglos I y III d.C. de la Roma imperial.



Fig. 2. Retrato de dos mujeres junto a un joven en un medallón de cristal pintado con la técnica clásica denominada de “fondos dorados” -y en este caso también plateados- (250 d.C.) (6,1 cm. de diámetro), cortesía del Museo dell’ Età Christiana in Santa Giulia (Brescia).

Los aderezos y el lujo en Roma: fuentes plásticas y literarias. Las perlas, bien de importación y ostentación.

Algunas fuentes plásticas resultan fundamentales para el estudio de la joyería en la Antigüedad clásica. Son testimonios visuales que nos permiten confirmar el gusto de las clases privilegiadas romanas por aderezarse con joyas en oro guarnecidas de policromas y variadas piedras preciosas, que combinadas en muchas ocasiones con opacas y anacaradas perlas, producirían en su efecto sobre la piel bellos contrastes. Es por ello que metodológicamente revisaremos algunas de las joyas romanas conservadas, pero también las representadas y portadas por las élites romanas en retratos, mosaicos y esculturas. En este sentido, una de las fuentes pictóricas más interesantes en el estudio de la joyería romana son los retratos en encáustica sobre madera romano-egipcios encontrados en el Fayum. A modo de “bustos pintados” nos permiten corroborar cómo las mujeres romanas portaron pendientes y collares en oro, ornados con perlas en muchas ocasiones. Nos puede servir para inspirarnos el retrato de una mujer de clase social alta llamada Isidora (hacia 100 d. C.), que hoy se conserva en la colección del Getty Museum (fig. 1)

Isidora porta las principales tipologías de joyas romanas: pendientes con perlas pinjantes, aderezo para el cabello en hoja de laurel, aguja de oro pinchada en el fondo del peinado y tres collares en simétrica disposición, que combinan gemas con motivos repetidos en oro. Los pendientes semejan la entrada de un templo romano y los collares, pegados al cuello a modo de

gargantillas, son cuentas de oro tubulares y redondeadas, en una combinación regular de perlas y esmeraldas. Uno de los collares se aderezó además con un pinjante en el centro, un cabujón seguramente de granate.

No obstante, otro tipo de fuentes plásticas dejan testimonio del gusto por portar perlas entre las élites en la Antigüedad; en este sentido reproducimos un pequeño retrato en gold glass de dos mujeres con un joven (ca.250 d.C) (fig. 2).¹ Se cree que procede de un medallón de época imperial reutilizado en la cruz alto-medieval procesional del rey Desiderio, y que en él debe figurar la familia del griego Vunnerio Cerami.

A pesar de las pequeñas dimensiones del retrato (6,1 cm. de diámetro), el virtuosismo de la pieza nos permite observar cómo la dama representada a la derecha del espectador porta una sarta de perlas uniformes y esféricas pegada al cuello, además de unos pendientes guarnecidos con tres perlas a juego, quedando una de ellas pegada al lóbulo y las otras dos, de nuevo pinjantes. Unos pendientes considerados romano-egipcios muy similares a los portados por esta dama se conservan en el Departamento de Antigüedades egipcias del Museo del Louvre (nº inv. BJ 427), aunque los parisinos presentan mayor longitud ya que en ellos figura un disco como entrepieza.²

Las perlas fueron sin duda ya en época romana un distintivo de las clases imperantes: un bien de importación

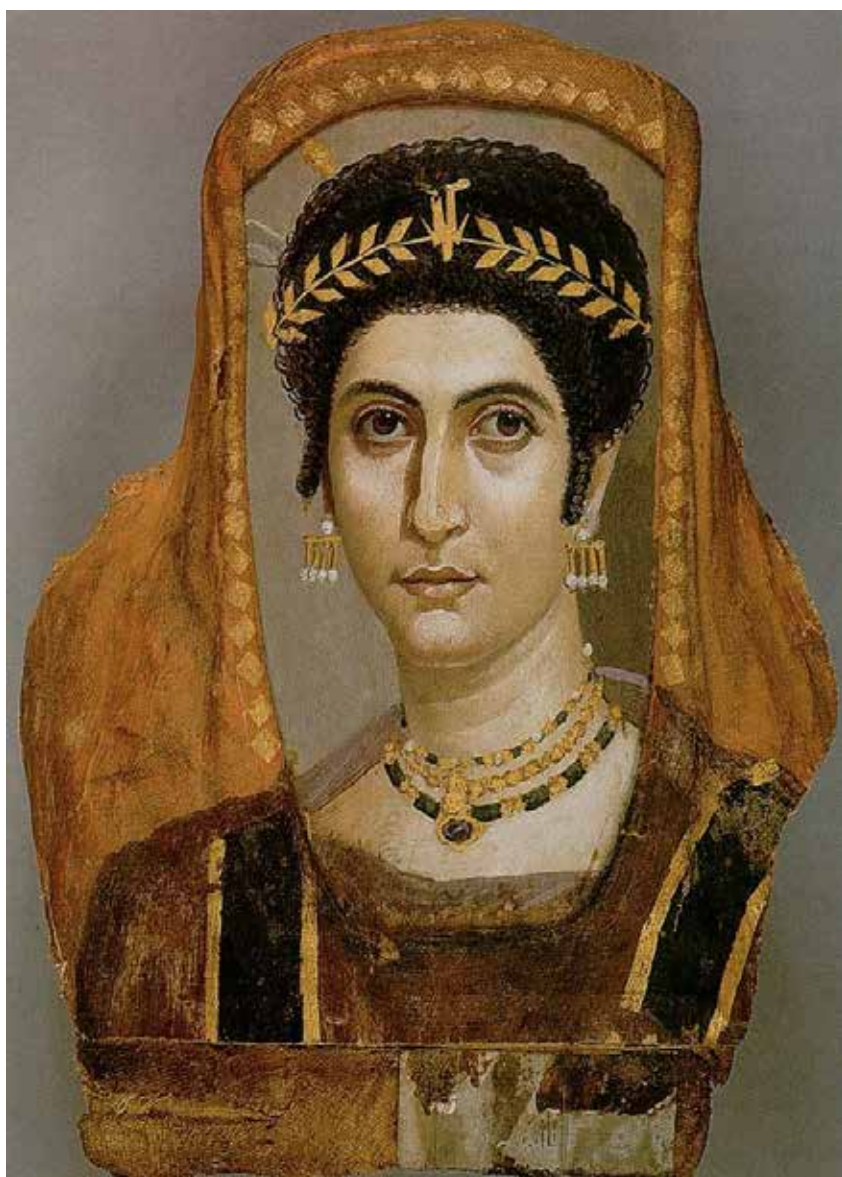


Fig. 1. Detalle del retrato romano-egipcio de Isidora (100 d.C.) (48 x 36 x 12,8 cm.), cortesía del Gerty Museum (n° inv.81.AP.42).

taba comercialmente China con el Mediterráneo; gracias a los textos grecolatinos (fundamentalmente a la *Geografía* de Estrabón y a la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, así como a hallazgos arqueológicos puntuales), podemos documentar en época romana tres regiones históricas productoras de perlas: el Mar Rojo, el Golfo Pérsico, así como India y las costas de Ceilán. Para el estudio del mundo romano nos interesan especialmente las explotaciones del Mar Rojo, siendo la zona del Golfo Pérsico la localización de bancos perlieros más antigua documentada.³

Además de las perlas, cabe señalar la diversidad de materiales y piedras preciosas que muestran algunas de las joyas romanas; variedad y policromía que no sólo provenían de los botines conquistados a Sicilia, Cartago, Grecia, Egipto y otros territorios ganados al imperio, sino también de un importante tráfico de artes suntuarias en intercambios comerciales terrestres y marítimos.

Para comprender la profusión de llamativos colores en la joyería romana, cabe citar el hallazgo romano-británico en 1979 de un yacimiento con veintidós sortijas en oro del siglo III d.C., en Gallows Hill (Norfolk); una adquisición que hoy en el British Museum se denomina como Tesoro de Thetford (n° inv.1981.0201). El tesoro guarnece entalles y camafeos de calcedonias y ónices de variadísi-

cuyo uso, —al igual que el de oro—, hubo tempranamente que racionar mediante la promulgación de pragmáticas contra el lujo. Como cabría esperar, de nada sirvieron las distintas y variadas leyes suntuarias promulgadas (desde el 215 a.C. *Lex Oppia*, *Lex Vocania*, *Lex Cornelia*...);

restricciones sobre la ostentación de materiales preciosos, que se desataron libremente tras la muerte del emperador Augusto (14 d.C.).

Los llamados como “ojos de pez” llegaron al mundo romano ligadas a la “Ruta de la Seda” que conec-

ma policromía, además de granates, esmeraldas y amatistas. Este descubrimiento muestra cómo se diversificó “en exceso” el color en la producción de glíptica de final del imperio. En este sentido, cabe citar que el color se incorporó a los diseños romanos casi exclusivamente por el abundante uso de piedras preciosas, labradas en formas redondeadas. Apenas se conocen piezas esmaltadas en joyería romana, aunque sí utilizaron el nielado, dotando a las joyas de perfiles oscuros gracias a sulfitos metálicos.

Las piedras preciosas preferidas por los romanos fueron las esmeraldas, que muy masivas procedían de los yacimientos egipcios situados en las colinas del Mar Rojo; no obstante también se utilizó el ámbar del Báltico, los zafiros de Sri Lanka, las amatistas y los granates.⁴ Los diamantes, procedentes de la India, se engarzaron en menor medida y en su forma piramidal (octaédrica), tal y como se encontraron en la naturaleza. Remitimos a este respecto a una sortija en oro romana con un diamante engastado del siglo III d.C., hoy en el British Museum (nº inv. 1917,0501,790).

En cuanto al metal, la pureza del oro en los diseños romanos conservados oscila entre los 18 y los 24 quilates.⁵

De cualquier modo, las claves para comprender la naturaleza de los aderezos de la Roma antigua, fueron apuntadas hace más de medio siglo por Wagner de Kertersz. Adelantamos cómo afirmó que “el adorno de fines de la República, es el índice de la riqueza de su portador, y no de su cultura y buen gusto”.⁶ Y si le parafraseamos o resumimos, frente a la elegancia griega, el romano se dejará fascinar por la rareza y el valor material, sin atraerle la

calidad de las formas o el virtuosismo en la ejecución de las piezas.

Los orfebres etruscos, maestros en el arte de la granulación, habían sido derrotados por los romanos en el siglo III a.C. asentándose en un barrio específico: el *vicus tuscus*. Los orfebres griegos también ejecutaron en Roma los elegantes modelos helenísticos, pero estas primeras generaciones de excelsa asimilación y reinterpretación de los pueblos conquistados, irán dando paso a un estilo propio caracterizado por tamaño y pesadez de las piezas. Los investigadores explican el deterioro de la calidad técnica en las joyas romanas con el devenir de los siglos, hasta el punto de que los estampados de las monedas -antao retratos fidedignos-, ya en el siglo III d.C. se muestran borrosos.

En cualquier caso y a pesar del deterioro en la plasticidad de las formas, las fuentes literarias narran fabulosas y suntuosísimas creaciones, como el carro de plata maciza de la segunda mujer de Nerón, Poppaea Sabina,

que mostraba atalajes para los mulos cubiertos de oro. También cabe citar otro ejemplo de la fastuosidad y lujo romanos, a partir de un hallazgo en 1879 en el entorno del Esquilino (en las inmediaciones del *Horti Lamiani*), que hoy se exhibe en los Museos Capitolinos romanos (fig. 3-4). Se trata de un botín de más de setecientas piedras preciosas guarnecidas en bronce, que a modo de aplicaciones debieron revestir la arquitectura y mobiliario de un lugar destinado al culto imperial en el siglo I d.C.⁷



Fig. 3 y 4. Piedras preciosas guarnecidas en bronce, parte de la decoración de un lugar destinado al culto imperial en el área del *Horti Lamiani*. Fotografías de la autora, cortesía de los Museos Capitolinos.

Tipologías, temas y motivos en la joyería romana. Los “retratos en miniatura”: monedas, camafeos y entalles.

Aunque ya nos ha servido de inspiración el retrato de Isidora, para adentrarnos en las principales tipologías de joyas en el mundo romano partiremos de la máscara de otro sarcófago en cartón pintado: un retrato romano-egipcio datado en entre el año 60-70 d.C. procedente de Meir, hoy en el Museo Metropolitano de Nueva York (fig. 5).⁸

La dama retratada porta una diadema cuya representación imita motivos recortados y cincelados de inspiración naturalista: un diseño rematado por una gema anaranjada que simula un cabujón oval como centro del aderezo. La gema representa el *Jepri* (o escarabajo que simbolizaba la regeneración y la vida eterna), materializado en las joyas egipcias por medio de una cornalina, aquí “pintada”. También porta pendientes y sortijas con una montura sencilla de gemas cajeadas así como dos collares, siendo el más largo de cuentas de piedra tallada y el más corto a modo de gargantilla, con pinjantillos y una prominente luna creciente en el centro. Un collar considerado romano con este mismo motivo pinjante en lúnula se conserva en el Museo Metropolitano de Nueva York (n° inv. 21.88.90). No obstante, lo más interesante de este retrato mortuario son los dos prominentes brazaletes gemelos de ondulantes serpientes de dos cabezas; pulseras que a juzgar por ejemplares similares conservados, se ejecutaron en muchas ocasiones en oro macizo.

Los retratos aquí reproducidos (fig.1/5) corroboran que las damas

romanas se adornaron con varios collares de composición simétrica y similar longitud, caracterizados por la repetición de motivos y formas. En cuanto a los temas representados en las joyas, cabe citar el engarce de monedas, algo impensable para los griegos según Wagner de Kertesz, entregados a motivos artísticos más elevados.⁹ Sobre los collares de monedas, remitimos a un fabuloso ejemplar de comienzos del siglo III con ocho medallones a modo de “retratos en miniatura” engarzados en cuatro vueltas de cadenas trenzadas, hoy en el Walters Art Museum de Baltimore (n° inv. 57.1600).¹⁰

Los romanos guarnecieron en sus aderezos monedas desde el siglo II d.C.: una moda que gozó de gran popularidad durante los siglos III y IV, que hoy nos sirve para conocer valiosísima información sobre los acontecimientos del imperio.

Otra valiosa fuente es la glíptica, o los retratos y representaciones de pequeñas dimensiones labrados en piedras preciosas. Considerado un “arte mayor” en la Época Clásica, tanto los camafeos como los entalles romanos muestran la influencia de la labra de las gemas del mundo etrusco y la Grecia helenística.

El arte de la glíptica llega a su máximo esplendor en Roma en época imperial, sobre todo en tiempos de Augusto y Julio-Claudio. Los estudios de la que fue conservadora del Museo Metropolitano de Nueva York, Gisela Richter, resultan fundamentales para



Fig. 5. Retrato de dama en joyada en una máscara de sarcófago procedente de Meir (Egipto), Imperio Medio, 60-70 d.C (63 x 33 cm.), cortesía del Museo Metropolitano de Nueva York (n° inv. 19.2.6).



Fig. 6. Joyel con entalle de aguamarina que reproduce un retrato de Julia firmado por su artífice Euodos (aguamarina: 5 x 3,7 cm.), cortesía del Cabinet des médailles (n° inv. 2089) .

el estudio de estas preciadas piezas.¹¹ Los romanos utilizaron sardónices o material de dos colores para labrar los camafeos en alto y mediorrelieve, reservando las piedras monocromas (amatistas, cornalinas, berilos) para los intaglios o entalles, cuyas representaciones se excavaron incisas, horadando el material. En este sentido, reproducimos una maravillosa joya guarnecida en oro en época carolingia, en la que se reutilizó un entalle romano de aguamarina (fig. 6).

La gema central, firmada por su artífice Euodos (ha. 80-91 d.C.), muestra un retrato labrado en bajo-relieve de la princesa de la dinastía Flavia Julia, hija del emperador Tito. Julia porta unos pendientes de perlas, un collar a juego y una diadema de oro muy decorada como remate de un sofisticado peinado. El entalle se aderezó con zafiros coronados con alveolos de perlas remachadas en su guarnición altomedieval.¹²

Estas preciadas gemas talladas sin duda constituyen un testimonio fundamental para el estudio de la indumentaria romana y se reutilizaron en alhajas de naturaleza religiosa y civil europeas desde la Alta Edad Media. En este sentido todavía se conserva gléptica romana en jocalias hispánicas como por ejemplo, en la prerrománica cruz de los ángeles del Tesoro de la Cámara Santa en Oviedo. No obstante, gemas, camafeos y entalles romanos también fueron utilizados en joyas de naturaleza civil, tal y como muestran las sortijas que se encontraron en la Necrópolis de San Juan de la Peña (Panteón de los Reyes de Aragón durante la Baja Edad Media), formando parte de distintos ajuares funerarios.¹³

La mayoría de tipologías de joyas en el mundo romano se lucieron tanto por hombres como por mujeres, sobre todo los pendientes, cadenas, cinturones, brazaletes y coronas. Nerón portó un aderezo de ceremonia que costó cuatro millones de sestercios y Heliogábalo una creación *a priori*, femenina: una diadema ornada con piedras preciosas.

Del mismo modo cabría citar el exotismo de algunas creaciones orientales que dejaron su huella en Roma, introducidas por los mercaderes sirios: argollas y canilleras que fueron portadas por las mujeres en las piernas, desde los tobillos. La influencia de estas piezas en el atuendo se asumió al final del imperio; como centro de producción de estas joyas orientales, Roma rivalizó con Antioquía y Alejandría.

En cuanto a los brazaletes, se conservan fabulosos ejemplares. Ya hemos citado en ellos como uno de los temas predilectos el motivo de las serpientes (símbolo de la regeneración). No obstante, otros brazaletes muestran formas acorazonadas a partir de un gran rosetón central, como el encontrado en Túnez en oro, esmeraldas, zafiros y perlas, hoy en el British Museum (fig. 7). Además, una pareja muy sofisticada en el Museum of Fine Arts de Boston (fig. 8), está aderezada con esmeraldas y perlas y muestra como tema dos serpientes flanqueando un *kalathos*.¹⁴ En este sentido, cabe citar que se conservan bastantes joyas romanas en oro que combinan perlas con esmeraldas; un tándem que



Fig. 7. Brazaletes en oro, esmeraldas, zafiros y perlas, siglo III d.C. (16,5 cm.), cortesía del British Museum (n° inv. 1903,0717.2).

debió ser recurrente por su suntuosidad cromática y calidad de matices. Otros ejemplares más sencillos de brazaletes en los que prima el trabajo metálico, se portaron en número singular y por encima del codo. Sáenz Díez cita en el siglo XVIII que estas piezas se denominaron *spinthers*.¹⁵

Los testimonios plásticos también nos permiten adentrarnos en los variados aderezos para el cabello portados por las mujeres romanas. En este sentido, resultan muy interesantes algunas obras en *opus tesellatum* que muestran distintas diademas y guirnaldas de flores y frutos; obras con temática mitológica y dionisiaca de naturaleza pavimental y parietal, conservadas en el Museo Nazionale Romano del Palazzo Massimo Alle Terme (fig.9). Algunos de estos mosaicos forman parte de conjuntos de extraordinarias dimensiones y han sido datados hacia el siglo III d.C. Estas guirnaldas romanas inspiraron las formas de los aderezos medievales en toda Europa, como el que porta Teodora en el mosaico bizantino de San Vital de Rávena (ca. 547), con fantásticas chorreras de perlas ensartadas.



Fig. 9. Detalle de un mosaico pavimental romano localizado en la villa de Baccano (Italia), final del siglo II-comienzos del siglo III d.C. Fotografía de la autora, cortesía del Museo Nazionale Romano.



Fig. 8. Brazaletes en oro, esmeraldas y perlas, cortesía del Museum of Fine Arts de Boston (n° inv. 1981.288).

Las coronas de ramas entrelazadas de hojas de roble, pámpano y laurel, se ejecutaron en Época Clásica en oro recortado y batido. En este sentido, magníficos ejemplares considerados como macedonios -probablemente de excavaciones clandestinas en Potidea y Apollonia-, son datados entre el 340-250 a.C., y hoy se exhiben en el Museo Arqueológico de Nápoles.

Otra fabulosa tipología de aderezo para el cabello se fecha hacia el 150 d.C. y se muestra junto a la *Momia*

di Grottarossa en el Museo Nazionale Romano del Palazzo Massimo Alle Terme. Son tan sólo algunos fragmentos de lo que fue un delicadísimo casquete configurado a partir de una malla reticular en oro. La estructura está asida en su perímetro a un cordón y las intersecciones del tejido se adornan con aplicaciones granuladas (n° inv. 414069). Para comprender el modo de portar este frágil adorno, reproducimos el bello retrato de la célebre poetisa *Sappho* procedente de la VI Insula Occidentalis de Pompeya,

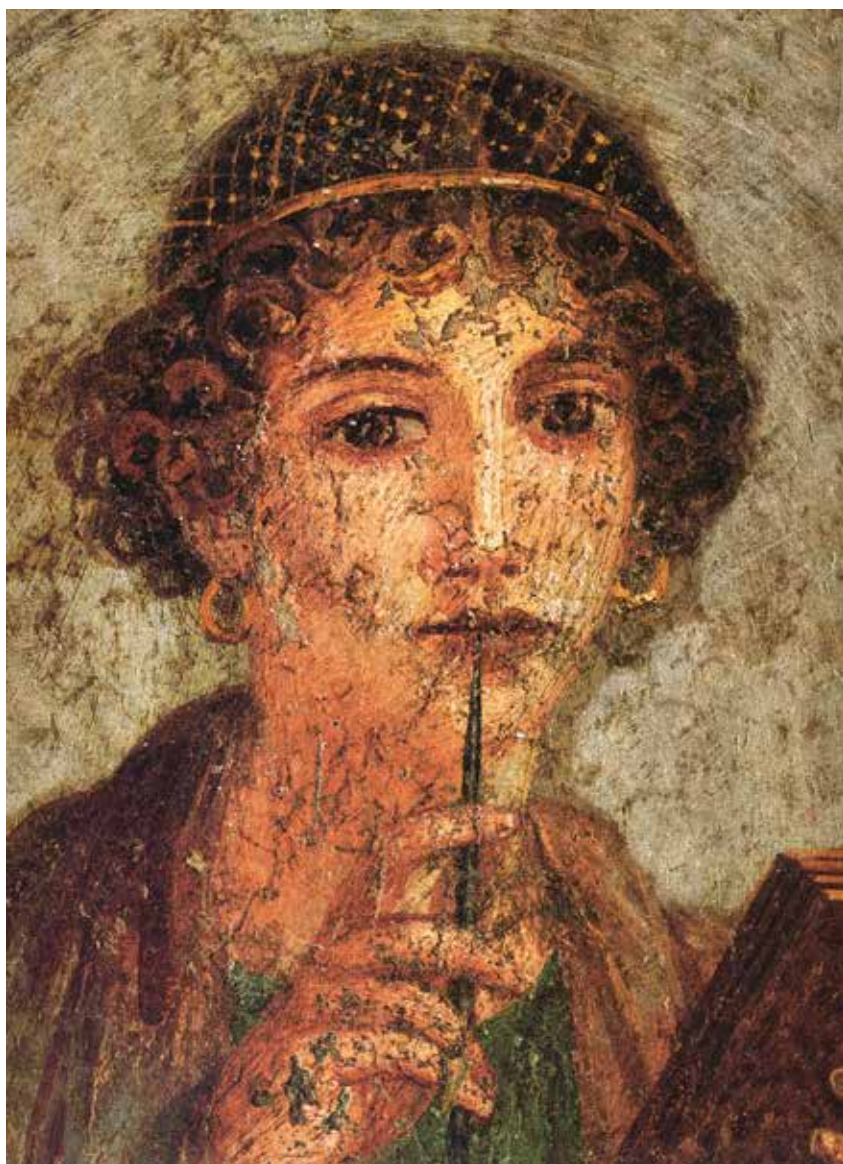


Fig. 10. Detalle del retrato de Sappho, cortesía del Museo Arqueológico Nacional de Nápoles (n° inv. 9084).

hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles (fig. 10). Sappho porta sobre la cabeza un ligerísimo casquete adornando su cabello, ejecutado a partir de una malla configurada por hilo de oro tejido como una retícula.

No obstante, se conservan otros aderezos para el cabello que contrastan con estos ligerísimos casquetes por su gran solidez. Uno de los más

bellos y consistentes ejemplares es el del British Museum procedente de Túnez, con un registro en perlas traspasadas a modo de marco que inscribe una estructura de esmeraldas y zafiros guarnecidos en oro (fig. 11).

Por último, en cuanto a los aderezos para el cabello, caben citar las horquillas a modo de pinchos para el cabello (*acus crinalis*). La mayoría de ellas, como la portada por Eleonora (fig. 1), debieron ser contenedores huecos en cuyo interior conservaban perfumes para rematar los peinados.

Otra tipología de adornos metálicos presenta formas discoidales, a modo de las heredadas bulas etruscas. Se trata de joyas que se utilizaron como fibulas con las que sujetar togas y túnicas. De morfología redondeada y naturaleza mixta, continuaron usándose como aderezos masculinos en el devenir de los siglos, tal y como muestra Justiniano en el mosaico de San Vital de Rávena.

Algunas joyas mixtas muestran forma de “mascaron”, gorgona o medusa; aderezos que bien se cincelaron o repujaron a modo de aplicaciones en las armaduras, bien se colocaron exentos a modo de fibulas decorativas sobre los *khitones* femeninos. También fueron forma recurrente para ornar la *paludamentum* de los emperadores romanos, o incluso sobre la *lorica plumata*. La *imago imperii* utilizó este símbolo con un sentido disuasorio y muestra de autoridad ante los enemigos, tal y como ostenta en el centro del pecho Septimio Severo en un busto proveniente de Ostia, hoy en el Palazzo Massimo alle Terme (fig. 12). Todavía se conservan formas similares a estas joyas, como la fabulosa aplicación repujada y cincelada en oro en forma de gor-

Fig. 11. Aderezo para el cabello en oro con perlas, esmeraldas y zafiros. Siglo III d.C., (10,7 cm), cortesía del British Museum (n° inv. 1903,0717.3)



gona que procedente de las tumbas reales, hoy se exhibe en el Museo Arqueológico de Vergina (fig. 13).¹⁶

Por último, sobre el uso y profusión de los anillos, se puede establecer una evolución diacrónica durante la república y el imperio.¹⁷ Solían colocarse en el dedo índice, sobre todo si tenían un significado nobiliar. En la mano izquierda se lucían los de mayor valor, para protegerlos de la rutina diaria. No obstante, en época imperial llegaron a cubrir todas las falanges. Las mujeres viudas restringieron su uso, lo que también se aconsejó a los oradores, ya que al gesticular con las manos podían distraer en exceso al auditorio.

El soporte más utilizado en los anillos durante la república, fue el hierro.

El derecho a llevar sortijas manufacturadas en oro fue un privilegio, que al igual que en Egipto con respecto al “oro del valor” (o recompensa del faraón a sus más leales súbditos), en la Roma imperial fue condecoración o credencial con la que distinguir a dignidades y altos rangos.

Muchos de los anillos tuvieron una función administrativa además de ornamental: como es bien sabido algunos se utilizaron para el sellado de documentos, conservándose primitivos ejemplares helenísticos y romanos en terracota. No obstante, la aparición en ellos de determinadas deidades o inscripciones mágicas, o incluso el engarce de gemas específicas señaladas ya en la *Historia Natural* de Plinio, los convirtió en amuletos con efectos apotropaicos. Las gemas utilizadas como camafeos y entalles fueron escogidas por prevenir enfermedades, proteger en general a su portador, o incluso como neutralizadoras de venenos.

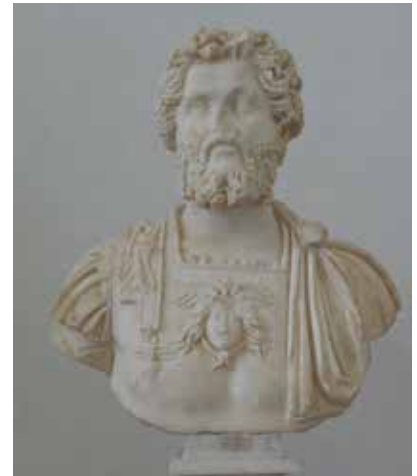


Fig. 12. Busto de Septimio Severo, datado entre el 196-197 d.C. Fotografía de la autora, cortesía del Museo Nazionale Romano.



Fig. 13. Aplicación en oro en forma de gorgona fechada entre 336-316 a.C., (3,6 x 3, 5 cm.) cortesía del Museo Arqueológico de Vergina (n° inv. BM2630).

Conclusiones

Los modelos, formas, materiales y técnicas de las artes suntuarias en el mundo romano, fueron una gran fuente de inspiración para la joyería del Renacimiento en toda Europa y de algún modo, todavía lo siguen siendo modelo para el lujo actual. No solo la glíptica romana se guarneció en los tesoros medievales; también se recuperaron y se reutilizaron en Centroeuropa en las postrimerías de la Edad Media, algunas técnicas clásicas.

Parece claro que la evolución natural de los aderezos fue proseguir en muchos casos con tipologías y técnicas insituidas en el mundo romano. Tal es así, que el procedimiento pictórico denominado en la historiografía *gold glass* (una pintura de “fondos dorados”) se consolidó en Lombardía durante el Renacimiento. De este mismo modo se pintaron las bases de cabujones de cristal de roca que se “encerraron” en relicarios y agnus renacentistas pinjantes de cadenas, sobre todo italianos y españoles; una técnica que será denominada desde finales del siglo XVIII como *verre églomisé*.

Del mismo modo, algunas tipologías de joyas romanas inspiraron la morfología de las alhajas renacentistas. Los pinjantes de cadenas en suspensión -sin duda, la tipología más importante en la joyería del Renacimiento en toda Europa-, reprodujeron en sus joyas-capricho y objetos en miniatura, tipologías clásicas de contenedores, lucernas y lamparillas de aceite romanas, pendiendo entre las cadenas donde quedaban suspendidas. Estos pinjantes presentaron en el primer Renacimiento como motivo central, urnas y “pomas” donde preservar los perfumes, sustancias odo-

ríferas y productos de tocador de las damas (ámbar, algalia, menjuy, etc).

No obstante, muchos siglos antes, las guirnaldas florales clásicas habían inspirado las formas de las diademas portadas sobre el cabello en las tallas e imágenes románicas.

No en vano vienen a la mente del historiador leyendas fastuosas de la Roma imperial. Las fuentes literarias antiguas cuentan fabulosos y míticos episodios, recogidos en las últimas décadas por investigadores europeos y estadounidenses; historias que desafían el poder, *glamour* (e incluso la cretinéz) de los más pomposos consumidores de lujo actuales y contemporáneos. Por tanto, no debe extrañarnos que en el Renacimiento, las artes de toda Europa-incluidas las joyas-, vuelvan su mirada hacia Roma. Nada debían envidiar las ricas vajillas del Duque de Berry, a los servicios de mesa de los banquetes de Cneo Pompeyo.

Pero no solo la nobleza emuló “el lujo por el lujo” romano, sino que los monarcas de toda Europa también reinterpretaron los estilos clásicos en sus embajadas, aderezos e indumentaria: Elizabeth I llenó sus fabulosos trajes de perlas, al modo de Lollia Paulina, la mujer de Calígula, a la que Plinio acusó de ornar su cabeza y cuerpo para un banquete de esmeraldas y perlas por valor de 40 millones de sestericios. Del mismo modo Julio César, que había hecho tachonar sus sandalias con perlas de distintas formas y tamaños, le regaló a su amante Servilia una perla de seis millones de sestericios, comparables a los 9000 ducados que pagó Felipe II por la “Peregrina” para María Estuardo (y unos siglos más tarde Richard Burton para “su Cleopatra” Elizabeth Taylor). Y la propia Cleopatra, disolvió una de sus perlas de mayor tamaño en vinagre para probarle a Marco Antonio que ella podía gastar en una simple “cita” 10 millones de sestericios...historias sobre el poder de las gemas que tomadas del imaginario tradicional, siempre han estado presentes. A finales de la Edad Media, podemos rastrear estas cuestiones en los poemas del valenciano Jaume Roig (1460), o en el interesantísimo texto del ensayador de moneda Juan de Arfe y Villafañe (1572).

De este modo y hasta la actualidad de la *Place Vendôme* y del “oro comestible”, Roig recomendaba no solo portar distintas gemas por sus propiedades curativas y terapéuticas, sino pulverizarlas en “limonadas”, mientras que Juan de Arfe alentaba a comer las perlas molidas, “para quitar la quartana y confortar el corazón”, además de pulverizarlas en leche para “ayudar a sanar las heridas mortales”.¹⁸

Bibliografía

BEDINI, A., (1995):

Mistero di una fanciulla, Oro e gioielli della Roma di Marco Aurelio da una nuova scoperta archeologica, Skira.

BIROLI STEFANELLI, L.P., (1992):

L'oro dei romani. Gioielli di età imperiale, L'erma di Bretschneider.

CHADOUR-SAMPSON, B. (2013):

“Pearls in Antiquity. A desirable luxury” en CHADOUR-SAMPSON, B. (Com.), *Pearls, V&A Museum*, pp. 34-43.

DE ARFE Y VILLAFANE, J., (1572):

Quilador de la plata, oro y piedras, Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, edición facsímil, 1976.

GOETZ A., JOANNIS, C. (2008):

Jewels in the Louvre, Musée du Louvre Éditions.

LAPATIN, K. (2015):

Luxus. The Sumptuous Arts of Greece and Rome, The J. Paul Getty Museum.

NAYA FRANCO, C. (2017):

Joyas y alhajas del Altoaragón. Esmaltes y piedras preciosas de ajuares y tesoros históricos, Diputación Provincial de Huesca, Colección Patrimonio Perfil.

PHILLIPS, C. (1997):

Jewelry from Antiquity to the Present, Thames and Hudson.

RICHTER, G.M.A., (1968):

Engraved gems of the greeks and etruscans. A history of greek art in miniature, Londres, Phaidon Press.

RICHTER, G.M.A., (1971):

Engraved gems of the romans. A suplement to the history of roman art, part two, Londres, Phaidon Press.

ROIG, J., (1460):

Llibre de les dones o spill, Barcino, edición facsímil, 1980.

SÁENZ DÍEZ, M.D.,

Manual de Joyeros con la teoría y práctica, Madrid, Antonio de Sancha, 1781.

SEVILLANO-LÓPEZ, D., SOUTAR MORONI, D., (2012):

“Comercio de perlas entre los siglos II a.C. y X d.C.” en *Boletín Geológico y Minero* n° 123 (2), pp. 139-155.

TAIT, H., (ED.), (2012):

7000 years of jewellery, The British Museum Press (1ª edición 1986).

WAGNER DE KERTESZ, M., (1947):

Historia universal de las joyas a través del arte y la cultura, Ediciones Centurión, pp. 201-226.

Referencias

*Este artículo se enmarca entre las iniciativas del grupo de investigación consolidado “Artífice, el significado de los programas artísticos y musicales en la Península Ibérica durante las Edades Media y Moderna”, reconocido por el Gobierno de Aragón (248-129/3) y cofinanciado por el Fondo Social Europeo de Desarrollo Regional (H-64); en concreto, estas reflexiones forman parte de una vía de trabajo iniciada en una estancia postdoctoral en la Escuela Española de Arqueología e Historia en Roma (EEAHR-CSIC) en el verano de 2016, en la que se abordó como tema de investigación principal “la influencia de la joyería italiana en el Renacimiento en los artífices del Reino de Aragón”. Agradecemos al doctor González Zyma la invitación para colaborar en el presente número de DDM, donde apuntamos algunos de estos planteamientos.

1. Sobre la pintura en gold glass: LAPATIN, K., 2015: 34/ 88, plate 58 / 236-237.

2. Se reproducen en GOETZ A., JOANNIS, C., 2008: 14 / 76.

3. Sobre el comercio de perlas: SEVILLANO-LÓPEZ, D., SOUTAR MORONI, D., 2012: 139-155. Y sobre el uso de perlas en la Antigüedad y joyas romanas: CHADOUR-SAMPSON, B., 2013: 34-40.

4. Sobre los antiguos yacimientos de esmeraldas egipcias remitimos a la información facilitada en la web de la Gemological Institute of America: <http://www.gia.edu/gia-news-research/historical-reading-ancient-emerald-mines-egypt> (fecha de consulta: Octubre 2016)

5. Claire Phillips apuntó algunas de estas cuestiones en escasas páginas, que a pesar de su brevedad explican los principales materiales y técnicas del trabajo del oro romano: PHILLIPS, C., 1997: 25-28. Otras pinceladas en TAIT, H. (Ed.) 2012: 86-89.

6. WAGNER DE KERTESZ, M., 1947: 204.

7. Sobre la apariencia de este lugar remitimos al detalle de un fresco en la Villa Oplontis (Torre Anunziata, cubículo 14), también vinculado con Nerón y Poppaea Sabina. Se reproduce en LAPATIN, K., 2015: 118-121, figure 28.

8. Para el estudio de las joyas romanas por tipologías: BEDINI, A.: 1995 / BIROLI STEFANELLI, L.P.: 1992.

9. WAGNER DE KERTESZ, M., 1947: 207.

10. Sobre la identificación de los emperadores representados: LAPATIN, K., 2015: 235-236 / 85, plate 54.

11. RICHTER, G.M.A.: 1968; en especial, el segundo volumen: RICHTER, G.M.A.: 1971.

12. La historia de la joya, donada a la Abadía de Saint-Denis hacia el año 870, en LAPATIN, K., 2015: plate 101 (139) / 248-249.

13. Estas piezas han formado parte de distintas exposiciones. Una revisión de las mismas en un capítulo específico de NAYA FRANCO, C., 2017: en prensa.

14. Son catalogados por Chadour, datados hacia el 40 a.C.: CHADOUR-SAMPSON, B., 2013: 40, figura 33.

15. SÁENZ DÍEZ, M.D., 1781: 5.

16. Se cataloga en LAPATIN, K., 2015: plate 34.

17. Sobre esta cuestión: WAGNER DE KERTESZ, M., 1947: 221-225; RICHTER, G.M.A., 1971: 3.

18. (...) per baticor perles, fin or de vint-i-tres quilats, poc més; per lo ventrell, coral vermell; la llet si's fall porten cristal, e per la còlica porten cresdica (...) Sannes se lleven, les pedres beven polverizades, e llimonades e restaurant alquermes tant que no 'ls profiten, ans se n'enfuten; en ROIG, J., 1980: 129-130; DE ARFE Y VILLAFANE, J., (1572): f.62 r. / v.

